

GEORGE STEINER

LA IDEA
DE EUROPA

«¿Es posible resumir en un puñado de instituciones, ideas, tradiciones y costumbres lo que es Europa? George Steiner piensa que sí y ha intentado este resumen en un texto ingenioso y provocador [...]. Según él, Europa es ante todo un café repleto de gentes y palabras, donde se escribe poesía, conspira, filosofa [...], ese café [...] es inseparable de las grandes empresas culturales, artísticas y políticas del Occidente. [...] la segunda seña de identidad europea es compartida por todos los países europeos [...]: el paisaje caminable, la geografía hecha a la medida de los pies. El tercer rasgo [...] es el de poner a las calles y a las plazas el nombre de los grandes estadistas, científicos, artistas y escritores del pasado, algo inconcebible en América [...]. La cuarta credencial [...] es descender simultáneamente de Atenas y Jerusalén, es decir, de la razón y de la fe, de la tradición que [...] hizo posible la coexistencia social, desembocó en la democracia y la sociedad laica, y la que produjo los místicos, la espiritualidad [...] y, también, la censura y el dogma. [...] La quinta seña de identidad europea es la más inquietante de todas. Europa [...] siempre ha creído que perecerá [...]. A Steiner lo atormenta la supervivencia, en nuestros días, de [...] los odios étnicos, el chovinismo nacionalista, [...] y la resurrección [...] del antisemitismo. Pero [...], sobre todo, la uniformización cultural por lo bajo a consecuencia de la globalización [...]: No es la censura política lo que mata [la cultura]: es el despotismo del mercado y los acicates del estrellato comercializado».

Extractos del prólogo de Mario Vargas Llosa.

Una idea de Europa

¿Es posible resumir en un puñado de instituciones, ideas, tradiciones y costumbres lo que es Europa? George Steiner piensa que sí y ha intentado este resumen en un texto ingenioso y provocador que acaba de publicar [2004] el Nexus Institute, en Amsterdam: *The Idea of Europe*. Según él, Europa es ante todo un café repleto de gentes y palabras, donde se escribe poesía, conspira, filosofa y practica la civilizada tertulia, ese café que de Madrid a Viena, de San Petersburgo a París, de Berlín a Roma y de Praga a Lisboa es inseparable de las grandes empresas culturales, artísticas y políticas del Occidente, en cuyas mesas de madera y paredes tiznadas de humo nacieron todos los grandes sistemas filosóficos, los experimentos formales, las revoluciones ideológicas y estéticas.

Es verdad que en la Europa anglosajona el café casi no existe, y que el *pub* y la taberna carecen de solera intelectual; son lugares donde se va antes a beber y comer que a conversar, leer o pensar y que, por lo tanto, ese denominador común europeo se adelgaza mucho cuando salta de la Europa continental y mediterránea a Inglaterra, Irlanda y los países nórdicos. Pero, en cambio, la segunda señal de identidad europea es compartida por todos los países europeos sin la más mínima rebaja ni excepción: el paisaje caminable, la geografía hecha a la medida de los pies. Ese paisaje civilizado lo es porque, aquí, la naturaleza nunca aplastó al ser humano, siempre se plegó a sus necesidades y aptitudes, nunca dificultó ni paralizó el progreso. En vez de candentes desiertos como el Sáhara, o selvas jeroglíficas como la

Amazonia, o heladas llanuras estériles como las de Alaska, en Europa el medio ambiente fue el amigo del hombre: facilitó su sustento, la comunicación entre pueblos y culturas diferentes, y aguzó su sensibilidad y su imaginación. Los europeos se entremataban por razones religiosas o políticas, pero el paisaje no tendía a aislarlos sino a acercarlos.

El tercer rasgo compartido es el de poner a las calles y a las plazas el nombre de los grandes estadistas, científicos, artistas y escritores del pasado, algo inconcebible en América, dice Steiner, donde las avenidas se suelen designar por números, y las calles, por letras y a veces nombres de árboles y plantas. Sólo en Europa ocurre, como en Dublín, que en las estaciones de autobuses se instruya a los viajeros sobre las casas de los poetas de la vecindad. Esto, dice, no es casual: se explica por la abrumadora presencia que el pasado tiene en la vida europea del presente, en tanto que en América se prefiere mirar al futuro que a los tiempos idos. En Europa, lo viejo y gastado por los siglos es un valor, algo que da solera y belleza, en tanto que en América es un estorbo, porque toda la vida está proyectada hacia delante. Europa es el lugar de la memoria, y América, el de las visiones y utopías futuristas.

La cuarta credencial compartida por los pueblos de Europa, según el autor de *Lenguaje y silencio*, es descender simultáneamente de Atenas y Jerusalén, es decir, de la razón y de la fe, de la tradición que humanizó la vida, hizo posible la coexistencia social, desembocó en la democracia y la sociedad laica, y la que produjo los místicos, la espiritualidad y la santidad, y, también, la censura y el dogma, el fanatismo religioso, las cruzadas, las grandes carnicerías justificadas en nombre de Dios y la verdad religiosa. Conflictiva y sincrética, esta doble tradición helena y judía (según Steiner, el cristianismo y los utopismos socialistas son apenas dos «notas a pie de página» del judaísmo) es el sustrato de la enorme tensión que, a la vez que precipitaba a Europa en guerras y atrocidades monstruosas que devasta-

ban el continente y causaban millones de muertos, iba impulsando la civilización, es decir, las nociones de tolerancia y coexistencia, los derechos humanos, la fiscalización de los gobiernos, el respeto hacia las minorías religiosas, étnicas o sexuales, la soberanía individual y el desarrollo económico. El europeo está condenado, por el peso de esta doble tradición, a vivir intentando sin tregua casar a estos dos rivales que se disputan su existencia y fundan dos modelos sociales enemigos: «la ciudad de Sócrates y la de Isaías».

La quinta señal de identidad europea es la más inquietante de todas. Europa, dice Steiner, siempre ha creído que perecerá, que, luego de alcanzar un cierto apogeo, sobrevendrá su ruina y final. Mucho antes de que Valéry hablara de la «mortalidad de las civilizaciones» y Spengler profetizara «la decadencia de Occidente», esta convicción escatológica impregnada de fatalismo se insinuaba en las filosofías y las religiones, y ella se refleja en la teoría de la historia de Hegel, según la cual aquella irá progresando hasta alcanzar un tope, luego del cual, previsiblemente, no habrá nada. ¿Cómo rechazar esta fatídica premonición que ha rondado a Europa a lo largo de toda su peripecia vital, se pregunta Steiner, luego de lo ocurrido en el siglo XX? Y recuerda que, entre 1914 y 1945, de Madrid al Volga y del Ártico a Sicilia, unos cien millones de seres humanos —niños, ancianos, mujeres— perecieron por obra de la guerra, las hambrunas, la deportación, las limpiezas étnicas y las «bestialidades indescriptibles de Auschwitz o el Gulag».

Lo que había comenzado de manera casi jocosa, con una bella y brillante evocación del papel que los cafés han desempeñado en la vida cultural y política de Europa, termina con una nota sombría y huraña de alguien que, por más que no quisiera que fuera así, sólo ve sombras y abismos en el porvenir de una civilización que, como dice muy bien Rob Riemen, el prologuista del libro, Steiner representa mejor que nadie. Nacido en Francia, en una familia judía de lengua alemana, educado en Estados Unidos, profesor

en Ginebra y en Cambridge, lector voraz en todas las lenguas europeas cultas, y ciudadano igualmente desenvuelto en la filosofía como en la historia, la literatura, las artes, pocas figuras contemporáneas encarnan mejor que George Steiner la figura de un humanista europeo moderno, en la gran tradición de Erasmo, Voltaire, Goethe y Montaigne. Por esos antecedentes, las páginas finales de su «idea de Europa» se leen con un inevitable escalofrío.

A Steiner lo atormenta la supervivencia, en nuestros días, de lo que llama la pesadilla de la historia europea: los odios étnicos, el chovinismo nacionalista, los regionalismos desaforados y la resurrección, a veces solapada, a veces explícita, del antisemitismo. Pero también, y sobre todo, la uniformización cultural por lo bajo a consecuencia de la globalización, que, a su juicio, está desapareciendo la gran variedad lingüística y cultural que era el mejor patrimonio del Viejo Continente. La frase más dura de todo el ensayo es una protesta contra la banalidad y vulgarización de los productos culturales de consumo: «No es la censura política lo que mata [la cultura]: es el despotismo del mercado y los acicates del estrellato comercializado».

Hasta aquí ya no puedo seguirlo, muy a mi pesar, porque, aunque el profesor Steiner tiene la virtud de irritarme a veces, pocos ensayistas modernos me estimulan y seducen tanto como él. Su pesimismo no me parece justificado. Con todas las lacras que arrastra, Europa es, en el mundo de hoy, el único gran proyecto internacionalista y democrático que se halla en marcha y que, con todas las deficiencias que se le puedan señalar, va avanzando. Lo que comenzó como un mercado común del carbón y el acero en el que participaba un puñado de países, es ahora una mancomunidad de 25 naciones que han comenzado a eliminar las barreras que las separaban y que, además de ir integrando sus mercados, van al mismo tiempo armonizando sus instituciones y fijándose políticas comunes, bajo el signo de la cultura democrática. Este hermoso proyecto tie-

ne adversarios, desde luego, pero hasta ahora representan una minoría incapaz de frenarlo y menos aún de acabar con él. No sólo para los europeos es importante que la Unión Europea se consolide y progrese. El mundo estará mejor equilibrado si una gran comunidad europea sirve de contrapeso a la única superpotencia que ha quedado en el escenario luego de la desintegración del imperio soviético. Contrapeso significa competencia, diálogo, incluso tensión amistosa, no hostilidad.

Tampoco me convence el lúgubre epitafio de Steiner sobre el tema de la cultura, aunque a mí también me entristezca, como a él, el fantástico desperdicio que es el consumo masivo de productos seudoculturales que se advierte en Europa (y en todo el mundo). Pero no creo que esto sea lo importante, sino, más bien, la otra cara de la moneda, es decir, el notable crecimiento de consumidores para productos culturales genuinos que caracteriza a la sociedad moderna, y en especial a Europa. ¿Alguna vez en la historia ha habido tantos lectores de buena literatura como ahora? Para no salir de la Europa anglosajona, ni Joyce, ni T. S. Eliot ni Virginia Woolf han tenido tantos lectores como tienen ahora, ni las obras de Shakespeare tantos espectadores, ni han atestado los museos las gigantescas muchedumbres que en estos días van a la Royal Academy a ver los cuadros de Tamara de Lempicka o a la Tate Modern a deprimirse con la helada América de los lienzos de Edward Hopper. La alta cultura fue siempre patrimonio de muy pequeñas minorías. Estas minorías lo siguen siendo en nuestros días, pero gracias al desarrollo y a la internacionalización, estas minorías han crecido de una manera extraordinaria. No creo que se deba esperar mucho más. Imaginar que, algún día, habrá tantos lectores de Mallarmé como aficionados al fútbol es una ingenuidad. El arte de Mallarmé, y todo lo que se le parece, no puede llegar a todos los habitantes de la ciudad sin desnaturalizarse. La cultura que George Steiner ama y conoce mejor que nadie será siempre minoritaria.

Mario Vargas Llosa

Una idea de Europa

Décima Conferencia Nexus

I

Cuando Thomas Mann abandonó Europa para establecerse en Estados Unidos, en 1938, hizo con toda seriedad la siguiente observación en una conferencia de prensa, a su llegada a Nueva York: *Wo ich bin, ist die deutsche Kultur* [donde yo estoy, está la cultura alemana]. Para muchas personas, esta afirmación era una prueba —otra más— de la arrogancia de este escritor de fama mundial. Sin embargo, su hermano, Heinrich Mann, lo conocía mejor. En sus memorias, *Ein Zeitalter wird besichtigt*, comienza el capítulo «Mein Bruder» [Mi hermano] con la mencionada anécdota, y luego añade: «Ahora sabemos lo que quiso decir el Fausto de Goethe cuando dijo: *Was du ererbt von deinen Vätern hast/Erwirb es um es zu besitzen*» [lo que has heredado de tus padres, hazte digno de poseerlo]. Las palabras de Thomas Mann, según su hermano mayor, no eran expresión de arrogancia sino de un profundo sentido de la responsabilidad.

Si hay alguien que, siguiendo los pasos de Thomas Mann, se ha ganado el derecho a decir: «Donde yo estoy, está la cultura europea», es George Steiner. Y si él hiciera esta afirmación, tampoco sería una expresión de arrogancia sino de honda responsabilidad.

La décima Conferencia Nexus es el preludio a una serie de encuentros organizados por el Nexus Institute, en vísperas de la Cumbre Intelectual celebrada durante la presidencia holandesa de la Unión Europea en 2004, que se centrará en las cuestiones de si Europa es o no tan buena idea y de cuál es realmente la importancia y la relevancia políticas del ideal europeo de civilización tal y como lo concebimos hoy. El hecho de que George Steiner, más que ninguna otra persona, se encuentre a sus anchas en la cultura europea — que abarca siglos y es esencialmente cosmopolita— fue razón suficiente para invitarle a pronunciar esta conferencia.

Pero hay otra razón, estrechamente relacionada con la historia del propio Nexus Institute. La publicación de la décima Conferencia Nexus parece la ocasión perfecta para contar más cosas sobre él al lector.

II

Con anterioridad a la fundación del Nexus Institute, en 1994, apareció, en 1991, el primer número de la revista *Nexus*. Esta revista nunca hubiera llegado a existir de no ser por una amistad: la establecida entre Johan Polak, famoso editor de Amsterdam, y yo. Nuestras innumerables conversaciones y cartas acerca de la necesidad de crear una nueva revista siempre estaban centradas en *un hombre, un libro y una revista*. Aquel hombre era George Steiner; el libro, su *Lenguaje y silencio* y, la revista, *European Judaism*. Johan era coeditor de dicha revista, fundada a finales de los años sesenta. De vez en cuando, el consejo editorial de *European Judaism*, organizaba un congreso. En 1969 se organizó uno en la ciudad de Amsterdam, con Johan como anfitrión. Fue una ocasión memorable, en concreto por la inolvidable aparición de un filósofo de la cultura de cuarenta

años de edad del cual se había hablado mucho: George Steiner. La postura que adoptó aquel día fue tan sencilla como terriblemente cierta: «Europa se suicidó al matar a sus judíos». La destrucción de seis millones de judíos europeos, la destrucción del mundo de Mahler, Alban Berg, Hofmannsthal, Broch, Kafka, Celan, Karl Kraus, Walter Benjamin —la lista es interminable—, fue también la destrucción de *l'esprit européen*, de la idea de Europa. Con la pérdida de esta idea, no quedó nada de Europa salvo una entidad sin cultura, sin alma, puramente geográfica y económica. No obstante, el George Steiner que hizo esta observación fue también el hombre que había dicho no a una ilustre carrera en Estados Unidos. Después de la guerra y de la conclusión de sus estudios, regresó a Europa. Para no dejar la última palabra a Hitler y a sus simpatizantes; por lealtad a una idea que jamás debe morir.

Johan Polak no ha olvidado nunca lo que nos dijo George Steiner aquel día en Amsterdam. Se lo habré oído decir un centenar de veces: «George Steiner tiene razón. Culturalmente, la Europa del siglo XX ha vuelto a la Edad Media. Y, como en los monasterios de aquella época, debemos conservar nuestro legado cultural y transmitirlo por los canales disponibles». Esto explica la formidable biblioteca privada de Johan, su editorial y su librería: Athenaeum, en el Spui, en Amsterdam. Ésta es también la razón por la que era preciso crear la revista *Nexus*: para servir a la cultura europea, al ideal europeo de civilización... aunque para la transmisión de un legado cultural nunca pueda ser más que un ínfimo canal.

III

En 1934, Thomas Mann tuvo que escribir una necrológica para un hombre que había sido siempre como un padre

para él: Sammi Fischer, su editor húngaro-judío de Berlín, el hombre que, en gran medida, había hecho posible que él llegase a ser escritor. Mann recordaba la siguiente conversación, que había tenido lugar la última vez que vio al anciano —ya muy enfermo—, unos meses antes. Fischer expresó su opinión sobre un conocido común:

—*Kein Europäer, sagte er kopfschüttelnd.*
 —*Kein Europäer, Herr Fischer, wieso denn nichts?*
 —*Von grossen humanen Ideen versteht er nichts.*

[—No es europeo, dijo meneando la cabeza.
 —¿No es europeo, señor Fischer? ¿Y por qué no?
 —No comprende nada de las grandes ideas humanas].

Las grandes ideas humanas. Eso es la cultura europea. Eso es lo que Mann había aprendido de su maestro, Goethe. Y el propio Goethe, en su autobiografía *Poesía y verdad*, indica como la fecha de nacimiento de este humanismo europeo el 25 de octubre de 1518. Aquel día, el erudito y humanista Ulrich von Hutten escribió una carta a su amigo Willibald Pirckheimer en la cual le explicaba que, aunque era de noble cuna, no deseaba ser un aristócrata sin habérselo ganado: «La nobleza por nacimiento es puramente accidental y, por lo tanto, carece de sentido para mí. Yo busco el manantial de la nobleza en otro lugar y bebo de esas fuentes». Aquí, una vez más, podemos ser testigos del nacimiento de la *nobilitas literaria*: la verdadera nobleza es la nobleza del espíritu. Las artes, las humanidades, la filosofía y la teología, la belleza; todas estas cosas existen para ennoblecer el espíritu, para hacer posible que la humanidad descubra su más alta forma de dignidad y la reivindique para sí. Es del legado cultural, de las grandes obras de poetas y pensadores, artistas y profetas, de lo que debe valerse una persona para la *cultura animi* (la expresión es de Cicerón), el cultivo del alma y la mente humanas, pa-

ra ser algo más de lo que también es: un animal. En la última página de sus *Lecciones de los Maestros*, George Steiner resume la esencia de la cultura de la educación liberal en una sola frase: la educación liberal nos conduce «a la *digaitas* que hay en el ser humano, a su regreso a su mejor yo». Ésta es la tradición del humanismo europeo en la cual, desde temprana edad, fue educado por su padre, y en la cual él mismo se convirtió en profesor, cuando se dio cuenta de que tenía un don: «Invitar a otros a entrar en el sentido». Esta última frase —«invitar a otros a entrar en el sentido»— es del propio George Steiner, y es la descripción más profunda que conozco de lo que significa ser *Profesor de Humanidades*.

IV

La obra de George Steiner puede verse, entre otras cosas, como un código moral intelectual:

El núcleo de una cultura son las obras clásicas, es decir, intemporales. Son intemporales e imperecederas porque su significado trasciende la muerte. En palabras de Hölderlin: *Was bleibt aber, stiften die Dichter* [lo que permanece lo fundan los poetas].

Es característico de las grandes obras el hecho de que nos interrogan, nos exigen una reacción. El torso arcaico de Apolo del famoso poema de Rilke nos dice, en términos inequívocos: *Du sollst dein Leben ändern* [debes cambiar tu vida].

No rehuáis lo difícil. Spinoza: «La excelencia es tan difícil como rara».

Sólo los necios hacen caso omiso de la importancia de la tradición, el hecho y el conocimiento. Hölderlin: *Wir sind nur Original, weil wir nichts wissen* [sólo somos originales porque no sabemos].

Ser crítico significa: ser capaz de establecer diferencias.

Estar a nuestras anchas en el mundo de la cultura significa estar a nuestras anchas en muchos mundos, en muchos lenguajes: estar a nuestras anchas en la historia de las ideas, en la literatura, en la música, en el arte. Requiere erudición y la capacidad de ver las relaciones entre los diversos mundos: el nexos.

Existe una relación entre lenguaje y política, entre cultura y sociedad. Para entender los acontecimientos culturales, para ver qué ideas prevalecen y cuáles serán sus consecuencias, es indispensable la reflexión filosófico-cultural.

Es esencial ser elitista, pero en el sentido originario de la palabra: asumir la responsabilidad de «lo mejor» de la mente humana. Una élite cultural debe cargar con la responsabilidad del conocimiento y la conservación de las ideas y valores más importantes, la responsabilidad de los clásicos, del significado de las palabras, de la nobleza de nuestro espíritu. Ser elitista, como explicó Goethe, supone ser respetuoso: respetuoso con lo divino, con la naturaleza, con los demás seres humanos y, por lo tanto, con nuestra propia dignidad.

Para resumir en una sola frase lo que hemos aprendido de la tradición intelectual a la que pertenece George Steiner: el mundo de la cultura es de vital importancia para la calidad de la vida humana. Pero: la cultura es también vulnerable. No por nada reduce al silencio una dictadura a sus poetas y pensadores e impone la censura. Y en esta época

de fascismo de la vulgaridad (en expresión del propio Steiner), de censura del mercado y de la «economía del conocimiento», el conocimiento cultural y la reflexión filosófico-cultural están siendo debilitados, o incluso se están haciendo imposibles, con más frecuencia de la que tal vez percibimos.

V

El hecho de que Thomas Mann pudiese decir: *Wo ich bin, ist die deutsche Kultur*, fue la razón misma de que tuviera que escribir *Doktor Faustus*, la novela en que se propuso mostrar de qué modo el fascismo estaba vinculado con su amada cultura alemana. Lo mismo vale para George Steiner. Puesto que él, como nadie más, está a sus anchas en la cultura europea, una gran parte de su obra, empezando por *Lenguaje y silencio*, está caracterizada por preguntas como éstas: ¿por qué la traición de los empleados? ¿Por qué el innegable vínculo entre esteticismo y barbarie? ¿Por qué la educación liberal no pudo impedir la tortura, los campos de exterminio, el Holocausto?

No es necesario que hablemos, una vez más, de Heidegger y sus tendencias fascistas, ni del oficial de las SS que regresaba a casa e interpretaba música de Schubert tras otra jornada de carnicería. Una y otra vez vemos que ni el conocimiento intelectual ni la educación liberal ofrecen garantía alguna, sea cual fuere, de sano juicio moral, ni mucho menos de una ética superior. Las mentes eruditas pueden cultivar el nihilismo, y hay numerosos intelectuales que, obsesionados por conceptos abstractos tales como «globalidad» y «capitalismo», no vacilan en legitimar la violencia terrorista. Repitémoslo: no hay nada nuevo. Dostoievski lo describió en *Los demonios*: «la hipocresía, la corrupción intelectual, la fascinación por la violencia, la adicción al poder